

atentamente los rostros de los circunstantes, leía en ellos una expresión nunca observada en los demás rostros que veía todos los días, ó por mejor decir, todas las noches.

Notaba una serena alegría que casi representaba la manifestación de la vida de aquella familia. Le relampagueaba en la mente la idea de que podían existir una belleza y un goce que le eran desconocidos, á pesar de su asiduidad en buscar todas las bellezas y todos los placeres. No pudo ocultar su pensamiento, y dirigiéndose á Pomponia, dijo:

— Estoy observando cuán diverso es vuestro mundo de aquel en que reina Nerón.

Ella, volviendo su delicado rostro hacia el moribundo sol, respondió con majestuosa calma:

— No es ya Nerón, sino Dios quien reina en el mundo.

Breve pausa siguió á las palabras de Pomponia. Se oían resonar en tanto los pasos del viejo, de sus hijos y del tribuno, que se acercaban; pero antes de que llegaran al triclinio, Petronio dirigió á su compañera esta otra pregunta:

— ¿Crees, pues, en los dioses, Pomponia?

— Yo creo en un solo Dios omnipotente y justo, fué la respuesta de la mujer de Aulo Plaucio.

## III

— Cree en un solo Dios omnipotente y justo..., dijo Petronio apenas se vió en su litera con Vinicio. Si su Dios es omnipotente, tiene todos los poderes de vida y de muerte; si es justo, equivale á decir que manda la muerte obrando en justicia. Pues entonces, ¿por qué Pomponia lleva aún el luto por Julia? Con su proceder acusa á Dios. Quiero repetir este raciocinio ante aquel imbécil de Nerón, porque en punto á dialéctica me considero rival de Sócrates. En lo que concierne á las mujeres, sostengo que ninguna posee sus tres ó cuatro almas..., ¿qué digo?, ni una racional siquiera. Discuta Pomponia con Séneca y Cornuto sobre la esencia de su Verbo. Evoquen ellos, si les place, las sombras de Jenófanes, de Parménides, de Zenón y de Platón desde los Campos Elíseos, donde los pobres deben aburrirse como pájaros en jaula. Yo hubiera querido hablar de otra cosa con ella y con Plaucio. ¡Por el sacro cuerpo de la Isis egipcia! Si hubiese manifestado inmediatamente el objeto de nuestra visita, quizás hubiera ocurrido una escena desagradable. ¡Y la he temido! ¿Tú no lo crearás, Vinicio? De todos modos, debo felicitarte por tu elección. ¡Deliciosa sorpresa! ¿Sabes lo que me parece? Me parece la primavera, pero no una de nuestras primaveras italianas, con escasas flores y con olivos grises, sino una primavera joven, fresca, exuberante de vida, como la admiré un tiempo en Helvecia. ¡Por la blanca luna, que estoy de acuerdo contigo, Marco! Pero ten entendido que amas á Diana, porque es seguro que Aulo y Pomponia no te devorarán como devoraron los perros á Acteón.

Vinicio, con la cabeza inclinada, no pronunciaba una sílaba. Después, con la voz ahogada por la pasión, empezó de esta suerte:

— La quise desde un principio; ahora ardo en deseos. Cuando le cogí la blanca mano, sentí que el fuego quemaba mi sangre. Yo debo poseerla. Si yo fuese Júpiter, la envolvería en una nube, como envolvió á Io, ó bien caería en su regazo cual lluvia, como hizo con Dánae. ¡Quisiera, teniéndola entre mis brazos, oír su grito de dolor! ¡Me sentiría con coraje para matar á Plaucio y á Pomponia y robársela con mis manos! Esta noche no dormiré; haré apalearse á una esclava por el gusto de oír sus gemidos...

— ¡Cálmate, joven! Expresas tu pasión como lo haría un carpintero de la Suburra.

— ¡Di lo que quieras! Yo debo poseerla. A ti me he acogido para encontrar un apoyo; si no me lo prestas, sabré encontrar otro medio. Aulo considera á Licia como hija: ¿cómo puedo yo tomarla por esclava? Y si no hay otro camino, ¿por qué razón no puede ella adornar el umbral de mi casa y sentarse en mi hogar como esposa mía?

— ¡Cálmate, descendiente de los cónsules! Nosotros no atamos á los bárbaros á nuestros carros triunfales, para casarnos luego con sus hijas. ¡Evita ese mal paso

hasta el fin! Intenta todos los medios lícitos, y concédete á ti y á mí tiempo para reflexionar. También Crisotemis me parecía hija de Júpiter, y sin embargo, no la hice mi esposa, ni Nerón casó con Acté, aunque ésta, según opinión muy generalizada, era hija del rey Atalo. ¡Cálmate, repito! Piensa que si ella desea abandonar á Aulo por ti, él no tiene el derecho de retenerla en su poder. Y no olvides, para tu tranquilidad, que también Eros encendió en ella su llama. Ten paciencia; todo saldrá bien. Pero hoy he pensado en esto demasiado, y siento fatiga. Te prometo que mañana, temprano, recordaré tu pasión y dejaré de ser Petronio si no encuentro un medio cualquiera para ayudarte eficazmente.

Ambos callaron.

— Te lo agradezco, dijo Vinicio tras breve pausa.

— ¡Que la fortuna te sea propicia... y ten paciencia!

— ¿Adónde has ordenado que nos conduzcan?

— A ver á Crisotemis.

— ¡Dichoso tú que posees á la que amas!

— ¿Dichoso? ¿Sabes lo que encuentro aún agradable en Crisotemis? Que me sea infiel creyendo que yo lo ignoro. La amé en otro tiempo; ahora me divierto con sus mentiras y su estupidez. Ven tú también. Ella coqueteará contigo y dibujará sobre la mesa letras con los dedos mojados en vino. Pero no temas la furia de mis celos, ¿comprendes?

Y ordenó que los condujeran á casa de Crisotemis.

Al llegar, Petronio, cogiendo á su sobrino del brazo, dijo súbitamente:

— ¡Espera! Creo haber encontrado el modo...

— ¡Que todos los dioses te recompensen!

— ¡No hay duda! El recurso no puede fallar. ¿Sabes de qué se trata?

— ¡Escucho tu palabra, oh Sabiduría!

— Pues bien. Dentro de pocos días la divina Licia compartirá contigo los frutos de Demetria.

— ¡Eres más grande que César!, exclamó Vinicio en el colmo de la dicha.

## IV

Petronio mantuvo su palabra. A decir verdad, durmió todo el día; mas por la noche celebró una entrevista confidencial con Nerón en el Palatino. La consecuencia fué que, al día siguiente, diez pretorianos, al mando de un centurión, se presentaron en casa de Aulo.

Atravesábase entonces en Roma un período de terror, en el cual mensajeros de aquella índole eran, por lo común, mensajeros de muerte. Así es que cuando el centurión golpeó la puerta y el *atriense* anunció la visita de los soldados, un extraño temor invadió toda la casa. Todos se congregaron en torno del viejo militar, suponiendo que él era el más expuesto al peligro. Pomponia, estrechamente abrazada al cuello de su marido, murmuraba palabras incoherentes. Licia, con el rostro cadavérico, besaba la mano de Plaucio, y el niño se agarraba desesperadamente á la toga de su padre. De los corredores, de las dependencias de servicio, de los baños, de todos los ángulos de la casa acudían numerosos esclavos gritando, llenos de pavor:

— *Heul, heul, me miserum!*

Las mujeres comenzaron á llorar y sollozar, cubriéndose la cabeza con los pañuelos y llevándose las manos á la cara.

Uno solo entre todos conservaba su calma habitual: el antiguo soldado, que no tenía miedo á la muerte. Su rostro seco y aguileño parecía de piedra. Cuando hubo dominado aquella confusión y ordenado á los esclavos que se alejasen, suplicó á Pomponia que le dejara solo, y añadió:

— Si ha sonado la hora de mi muerte, tiempo nos quedará de despedirnos.

Y al pronunciar tales palabras, procuraba desasirse dulcemente de su esposa. Pero ella contestó:

— ¡Concédame Dios compartir tu suerte, Aulo mío!

Y cayó de rodillas y empezó á orar con el fervor que inspira el ansia de salvar á un ser querido.

Aulo se trasladó en seguida al atrio, donde le esperaba el centurión, que era, casualmente, el viejo Cayo Gasta, compañero y subordinado de Plaucio en la campaña británica.

— ¡Salud, mi jefe!, exclamó. Te traigo un saludo y una orden del emperador. He aquí el documento sellado en que se me autoriza para esta comisión.

— Quedo reconocido al emperador por su saludo y estoy dispuesto á obedecer sus órdenes, respondió Aulo. ¡Bienvenido, amigo Gasta! Dime, pues, ¿qué orden me traes?

— El emperador ha averiguado que en tu casa habita la hija del rey Licio, el cual, viviendo el divino Claudio, la cedió á los romanos en prenda de la inviolabilidad de las fronteras de nuestro imperio. El gran Nerón te agradece, capitán, la hos-

pitalidad que por tantos años diste á Licia, y creyendo oportuno no obligarte por más tiempo á sostener tan pesada carga, y considerando, por otra parte, que la joven, como rehén, debe hallarse bajo la protección del emperador y del Senado, te ordena entregarla sin demora.

Aulo era demasiado buen soldado y veterano para oponer objeción alguna á las órdenes que se le daban. Todavía sobre su frente apareció una arruga, indicio de ira, ante la cual habían temblado en otro tiempo las legiones británicas, y aún entonces podía haberse leído en el rostro de Gasta cierto temor. Pero, ante el mandato imperial, Aulo se sentía impotente. Examinó detenidamente el documento y los sellos, y mirando con firmeza al centurión:

— Espera aquí en el atrio, le dijo con gran calma, mientras dispongo que se te entregue el rehén.

Pronunciadas estas palabras, volvió al otro extremo de la casa, donde Pomponia, Licia y el niño le aguardaban con ansia y temor infinitos.

— No se trata, dijo, de la muerte, ni del destierro de ninguno de nosotros; pero un mensaje del emperador nunca es nuncio de felicidad. ¡Se trata de ti, Licia!

— ¿De Licia?, preguntó atónita Pomponia.

— ¡De ella!, replicó Plaucio.

Y dirigiéndose á la joven, continuó:

— Licia, tú fuiste educada por nosotros como hija nuestra y como tal te amamos Pomponia y yo. Mas debes saber que no eres nuestra hija, sino una prenda que dió tu pueblo á los romanos; á César corresponde tu tutela, y hoy por esto te arranca de nuestro lado.

Hablaba en tono reposado y tranquilo, pero se notaba en la voz una extraña inflexión. La joven escuchaba con mirada indagadora, como quien oye sin comprender. Pomponia estaba mortalmente pálida, y en los corredores reaparecían los rostros atemorizados de los esclavos.

— ¡Hágase la voluntad del emperador!, dijo Plaucio.

— ¡Aulo!, gritó Pomponia, apretando entre sus brazos á la muchacha para protegerla: ¡mejor sería que le sobreviniese la muerte!

Licia, refugiándose en el regazo de Pomponia, ahogada por los sollozos, se limitaba á repetir:

— ¡Madre mía!, ¡madre mía!

El dolor y la cólera se dibujaban alternativamente en el rostro de Aulo.

— Si yo estuviera solo en el mundo, exclamó fieramente, no la entregaría viva, y mis parientes podrían hoy mismo ofrecer sacrificios á Júpiter libertador. Pero no tengo el derecho de mataros á ti y á nuestro hijo, que puede esperar tiempos mejores. Me acercaré al emperador é intentaré hacerle revocar la orden maldita... Pero ¿me escuchará? Mientras tanto, Licia..., ¡adiós!, y no olvides jamás que Pomponia y yo bendeciremos siempre el día en que pisaste el umbral de nuestra casa.

Calló un momento y puso luego su mano temblorosa sobre la cabeza de Licia. A pesar de todos sus esfuerzos por aparentar firmeza, cuando aquélla, con los ojos anegados en llanto, le cogió la mano y la cubrió de besos, todo denunciaba en él una angustia imposible de contener.

— ¡Adiós, alegría de esta casa, luz de nuestros ojos, adiós!

Y después de esto, se apresuró á salir al atrio para no sufrir una conmoción indigna de un romano y de un guerrero.

Pomponia condujo á la muchacha al *cubiculum* y procuró confortarla y animarla, pronunciando frases que sonaban á melodía extraña en la casa donde Aulo Plaucio, fiel á la tradición, sacrificaba aún en holocausto á los dioses lares.

«Había llegado la hora de la tentación... En otro tiempo Virginio hirió á su propia hija para salvarla del furor de Apio, y mucho antes Lucrecia dió su vida á cambio del honor. El palacio imperial era un antro de vergüenza, de corrupción y de delitos...

»Pero nosotros, Licia, sabemos muy bien que no tenemos derecho alguno á atentar contra nuestra vida. La ley que seguimos es muy distinta, mucho más santa; nos permite defendernos del ultraje y la deshonra, aun á costa del martirio y de la muerte. Y tanto mayor es el mérito del que puede escapar limpio y puro del reino de la corrupción. La tierra es un valle de lágrimas; por fortuna, nuestra vida terrenal no dura más que un momento; la vida de la resurrección pasa á través de la tumba y nos conduce adonde no domina ya Nerón, sino la misericordia, donde todas las penas se convierten en goces, donde las lágrimas de dolor se transforman en lágrimas de placer.»

Después se dedicó á hablar de sí misma: «Su corazón sufría agudamente y Aulo era, en gran parte, la causa de su sufrimiento, porque no había recibido aún la luz de la Verdad, no permitiendo siquiera que esa luz iluminara la mente de su hijo. La sola idea de que pudiera permanecer así hasta el fin, hasta el momento de una separación eterna, mil veces más aterradora que aquella temporal que tanta tristeza le causaba, venía á amargar con antelación el placer de la felicidad celestial que le aguardaba. Copiosas lágrimas había derramado durante muchas noches implorando la divina misericordia, mientras ofrecía á Dios sus padecimientos y esperaba con fe. Y aun entonces, cuando un nuevo golpe la hería, cuando la voluntad del tirano le robaba una criatura queridísima, ella no desconfiaba; porque la fe le enseñaba que existía un poder superior al poder del César, una misericordia más grande que su cólera.»

Y abrazó con mayor fuerza que antes á Licia. Ésta se echó á sus pies, y escondido el rostro entre los pliegues del vestido de Pomponia, estuvo en aquella postura largo rato, silenciosa. Pero, al levantarse, su dolor ofrecía un aspecto más sereno.

— Me duele por ti, madre, por mi padre y por mi hermano; pero comprendo que toda resistencia sería inútil y, sobre todo, peligrosa. ¡Te prometo no olvidar nunca tus palabras, mientras permanezca en el palacio de César!

Una vez más se abrazó á Pomponia, entrando después ambas en el *acus*, donde Licia se despidió del niño, del viejo preceptor griego, de su aya y de toda la servidumbre.

Uno de los esclavos, llamado Ursus, licio de gigantesca estatura y fuerza hercúlea, se echó á los pies de la joven y luego suplicó á Pomponia con estas palabras:

— ¡Oh *dómina*, permíteme seguir á mi señora y velar cerca de ella!

— Tú no eres siervo mío, sino de Licia, contestó Pomponia; pero ¿cómo podrás valerte para velar por ella?

— Lo ignoro; únicamente sé que en mis manos el hierro se quiebra como si fuese leño.

En esto entró Plaucio, que, enterado de lo que se trataba, no sólo no pensó en oponerse al deseo de Ursus, sino que declaró no tener derecho alguno á retenerlo en su casa, porque al César correspondía también el séquito de la prenda, una vez reclamada ésta. Y dijo en voz baja á Pomponia que escogiese el número de esclavos que creyera conveniente, pues el centurión no podía negarse á conducirlos al palacio.

Esto sirvió á Licia de consuelo. Pomponia también experimentó una íntima alegría con poder rodear á Licia de personas de su confianza. Por esto, además de Ursus, destinó para acompañar á su hija adoptiva al aya, á dos esclavas peinadoras de Chipre y á dos bañadoras germánicas. Todos los acompañantes eran secuaces de la nueva fe, incluso el atlético Ursus. Pensaba también Pomponia que esta semilla

de la verdad no dejaría de dar sus frutos en la casa de César. Escribió algunas líneas recomendando á Licia á los cuidados de Acté, la liberta de Nerón, que, aunque no había abrazado la fe cristiana, no se había negado nunca á prestar servicios de aquella índole y era constante lectora de las epístolas de Pablo de Tarso.

Se sabía también que la joven liberta no tenía muchos puntos de semejanza con las demás mujeres del palacio imperial, donde representaba, en cierto modo, el papel del buen genio. Gasta se ofreció á entregar personalmente á Acté la carta.

El centurión encontraba muy natural que una hija de rey tuviese séquito de esclavos, y en vez de oponer objeción alguna, se admiró de que fuese poco numeroso. Rogó que no se retrasase la partida, por temor de ser acusado de falta de celo en el cumplimiento de las órdenes.

Había llegado, pues, el momento de la despedida.

Los ojos de Pomponia y de Licia se llenaron otra vez de copiosas lágrimas; Aulo volvió á poner la mano sobre la hermosa cabeza de la joven, y el niño alzó los puños en actitud amenazadora contra el centurión y los pretorianos, que salieron escoltando á Licia hasta el palacio imperial.

Plaucio ordenó que se le preparase la litera y se encerró entretanto con Pomponia, á la que manifestó que quería pedir audiencia al emperador, si bien no se las prometía muy felices. Deseaba también ver á Séneca, aunque ya el filósofo no tenía gran influencia sobre Nerón. Sofonio Tigellino, Petronio y Vatinio tenían á la sazón mayor crédito cerca del emperador. «En cuanto á Nerón, dijo, es probable que no haya siquiera oído hablar del pueblo licio, y si ha tenido conocimiento del rehén, se deberá á las insinuaciones de alguno que... no sería difícil adivinar.»

Pomponia, después de una pausa de asombro, dijo:

— ¿Sospechas de Petronio?

— Seguramente. ¡He aquí lo que tiene acoger en la propia casa á personas sin honor y sin conciencia! ¡Maldito el momento en que Vinicio traspasó el umbral de esta casa para traernos á Petronio! ¡Desgraciada Licia, sí, desgraciada, porque esos no vinieron á buscar un rehén, sino una concubina!

Su voz, más sibilante que de costumbre, alcanzaba tonos de ira furibunda ante el desgraciado acontecimiento. Sostenía consigo mismo terrible lucha para que no trascendiese el estado de su ánimo, cuya violencia delataban sus puños amenazadores.

— Hasta ahora, prorrumpió al fin, he adorado á los dioses; pero me convenzo de que no son ellos los dominadores del mundo, sino un ser inhumano, monstruoso, llamado Nerón.

— Aulo, advirtió Pomponia, Nerón no es más que un montón de vil ceniza frente á Dios.

El viejo empezó á medir con largos y nerviosos pasos el pavimento. En su vida contaba hechos gloriosos, pero ni una sola desgracia, y ésta le cogía desprevenido para soportarla. El veterano había llegado á amar á Licia más de lo que nunca pudo suponer y no podía resignarse á la idea de verla perdida. Se sentía además humillado: sobre él pesaba una mano que despreciaba, y reconocía, no obstante, que bajo aquella mano tenía que doblegarse su voluntad.

Cuando logró calmar un poco la indignación de que se hallaba poseído, continuó:

— Yo no creo que Petronio la haya raptado para el emperador, pues no se atrevería á ofender á Popea. Por lo tanto, nos la ha quitado para él ó para Vinicio. Hoy espero salir de dudas.

Acto seguido se hizo conducir en litera al Palatino. Pomponia se dedicó á prodigar consuelos al pequeño Aulo, que no cesaba de llorar y proferir amenazas contra el emperador.

## V

Aulo había previsto que encontraría muchas dificultades antes de ser recibido. Se le dijo que César estaba cantando en compañía del pulsador de cítara Terpsó y que no tenía costumbre de recibir más que á los que él mismo había llamado. En otros términos, Aulo no podía esperar que se le recibiese jamás.

Séneca, aunque enfermo, acogió al antiguo capitán respetuosamente; pero cuando éste le expuso su deseo, respondió con amarga sonrisa:

— No puedo hacerte más que un favor, Plaucio, el de no dejar adivinar al emperador el interés que me inspiras, porque si Nerón pudiera sospecharlo, aunque no fuera más que para molestarme, no te restituiría á Licia en su vida.

Le aconsejó también que no acudiese á Tigelino, á Vatinio ó á Vitelio. Sería quizás posible sobornarlos con dinero y estarían tal vez dispuestos á perjudicar á Petronio, cuya gran influencia les mortificaba; pero era también muy probable que hiciesen comprender á Nerón cuánto amaba Plaucio á Licia, y en tal caso el emperador se opondría, con toda certeza, á la restitución.

Y con mordaz ironía continuó el filósofo:

— Tú, Plaucio, has permanecido inactivo durante muchos años, y Nerón no simpatiza con la gente quieta y sosegada. ¿Cómo ha sido posible que no te hayan entusiasmado su belleza, su virtud, su voz, su declamación y sus versos? ¿Por qué no celebraste la muerte de Británico? ¿Por qué no entonaste himnos al matricida y no te congraciaste con el asesino de Octavia? Te falta el don de la previsión, Aulo querido, que todos los cortesanos debemos poseer en alto grado.

Después de refrescar sus labios con agua de una fuente del *impluvio*, prosiguió:

— ¡Ah! Nerón tiene un corazón lleno de reconocimiento. Te aprecia porque has servido á Roma y has honrado su nombre hasta en los últimos confines de la tierra: me quiere porque fué el educador de su juventud. Sé que esta agua no está envenenada y por esto puedo beberla sin temor; si fuese vino no tendría tanta confianza. Bebe tranquilamente, si lo deseas, que el que quisiera atosigar esta agua, atosigaría la de todas las fuentes de Roma. Como ves, siempre hay un medio de estar seguro sobre la tierra y pasar una vejez tranquila. Yo me siento enfermo, pero más de espíritu que de cuerpo.

Y así era efectivamente. Séneca no poseía la fuerza de ánimo de un Cornuto ó de un Tráseas, pues su vida representaba una serie no interrumpida de concesiones al vicio. Él mismo lo comprendía así, y comprendía también que un secuaz de las doctrinas de Zenón debía obrar de otra manera; este sentimiento le producía más dolores y angustias que el mismo temor de la muerte.

Pero el capitán interrumpió las tristes reflexiones:

— Noble Annea, dijo, conozco el género de agradecimiento con que César te recompensó por los cuidados que le prodigaste en su juventud. Pero el autor del

rapto de Licia se llama Petronio. Proporcióname un recurso para proceder contra él; indícame la influencia á que obedece, y usa toda la elocuencia que pueda inspirarte nuestra antigua amistad.

— Petronio y yo, repuso Séneca, vivimos en ambientes opuestos; no conozco ningún medio para proceder contra él, que, por otra parte, no se deja guiar por influencia alguna. A pesar de todos sus errores, quizá vale él solo más que los bribones que rodean á Nerón, todos juntos. Pero intentar persuadirle de que ha cometido una mala acción es perder el tiempo. Desde hace muchos años, en Petronio ha desaparecido la facultad de discernir entre el bien y el mal. Convéncele de que la suya fué una acción vulgar, y se avergonzará. Cuando tenga ocasión de verle, le diré: «Tu acción ha sido digna de un liberto.» Si esto no da resultado, entonces toda esperanza es vana.

— ¡Gracias!, contestó el militar.

Y después de despedirse de Séneca fué á encontrar á Vinicio. Éste se hallaba tirando á las armas con su maestro de esgrima. Aulo no pudo reprimir un movimiento de ira al ver á Marco ocupado en tales ejercicios después de lo ocurrido.

Apenas había desaparecido el maestro de armas, cuando el viejo, en el colmo del furor, se desató en un torrente de improprios y de acusaciones. Pero Vinicio, al oír hablar del rapto de Licia, palideció de tal modo y se pintó en su rostro tan angustiosa sorpresa, que Plaucio se convenció en seguida de que no era cómplice de Petronio. Sobre la frente del joven corría un frío sudor, y la sangre, que por un instante había afluído toda al corazón, subió á su rostro como onda purpúrea; los ojos flamearon y los labios balbucieron palabras incoherentes. La ira y los celos estallaron en su espíritu como terrible tormenta. Parecióle que Licia, una vez traspasado el umbral del palacio, estaba irremisiblemente perdida para él.

Cuando Plaucio pronunció el nombre de Petronio, la sospecha atravesó como un dardo el alma de Vinicio. Petronio podía haberse burlado de él por dos razones: ó para afianzarse más en la predilección de César, entregándole la doncella, ó para gozar él de su posesión.

No comprendía que nadie viese á Licia sin deseársela en seguida. El furor no le dejaba dominarse.

— ¡Aulo, dijo con voz entrecortada, vuelve á tu casa y espérame! Ten entendido que si Petronio fuese mi padre, no me abstendría de hacerle pagar todo el mal que ha hecho á Licia. ¡Vuelve á casa y espérame! ¡Ni Nerón, ni Petronio, deben poseerla!

Con los puños cerrados se volvió hacia las figuras de cera que había en el atrio y gritó:

— ¡Por esas máscaras, juro que antes la mataré y me daré la muerte!

Y repitiendo á Plaucio un vigoroso «¡espérame!», se precipitó como un loco fuera del atrio y se dirigió á casa de Petronio, tropezando, sin darse cuenta, con cuantos transeuntes encontraba al paso.

Aulo regresó á su casa animado y persuadido de que si Petronio había obtenido del emperador que mandara prender á Licia para darla á Vinicio, éste restituiría á la joven. Y encontró también un leve consuelo pensando que si Licia no podía salvarse, sería vengada y arrancada de la deshonra con la muerte. Plaucio creía en las promesas del joven guerrero; había visto su furor y conocía el carácter ardiente de aquella familia. Él mismo, que amaba á Licia como á una hija, habría preferido darla muerte antes que verla en poder de Nerón, y seguramente lo hubiera hecho á no haberle contenido la idea del porvenir de su hijo, último vástago de su estirpe.

Aulo era un verdadero carácter de soldado. Había oído hablar muy poco de los estoicos, y, sin embargo, su temperamento estaba en armonía con aquellos principios, pues su orgullo consideraba preferible la muerte á la vergüenza.

Llegado á su casa, procuró calmar á Pomponia, y ambos aguardaron, impacientes, noticias de Vinicio.

Cada vez que resonaban en el atrio los pasos de algún esclavo, creían ver á Vinicio con su hija querida, y de buen grado se disponían á repartir entre ambos sus bendiciones.

Pero el tiempo transcurría sin que llegase ninguna noticia. Sólo al anochecer sonaron en la puerta algunos golpes repetidos, interrumpiendo el silencio profundo que reinaba en la casa.

Entró un esclavo con una carta para Aulo. Si bien el viejo capitán se esforzaba por mostrar un semblante sereno y digno, su mano tembló al tomar aquel escrito. Lo leyó nerviosamente, como si de aquellas líneas dependiese la suerte de su hogar.

De pronto se anubló su rostro, y volviéndose, irritado, hacia Pomponia, dijo:

— ¡Lee!

Ella tomó la carta y leyó:

«Marco Vinicio á Aulo Plaucio, ¡salud! Lo que sucedió, sucedió por voluntad de César, ante el cual debéis inclinar la cabeza, como lo hacemos Petronio y yo.» Siguió á la lectura un silencio largo y profundo.